La Comédiathèque

Gay Friendly

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Gay Friendly

Jean-Pierre Martinez

Un bolso lleno de billetes puede ayudar a pagar una boda gay por todo lo alto para tu hijo. Pero el dinero que cae del cielo también puede traer muchos problemas...

Personajes

Gaby: hombre (o mujer)

Alex: hombre (o mujer)

Sam: hombre

Vic: mujer

Gaby y Alex forman una pareja del mismo sexo y deben ser interpretados por actores del mismo sexo. Esta versión está escrita para tres hombres y una mujer.

© La Comédiathèque

Gaby está sentado en el sofá, hojeando un catálogo de viajes y tomando un cóctel exótico. A su lado hay un televisor encendido, con la pantalla fuera de la vista del público y el sonido quitado. Gaby se detiene en una página del catálogo.

Gaby *(entusiasmado)* – Estados Unidos... ¿Por qué no? Las Vegas, el Caesars Palace, las tragaperras... *(Se le borra la sonrisa.)* ¿Cinco mil euros por una semana? Estaría arruinado antes de poner un pie en el casino.

Algo en la pantalla del televisor llama la atención de Gaby. Coge el mando y sube el volumen.

Presentador – Los números ganadores del Euromillones han sido el cinco, el nueve, el doce, el diecisiete y el veinticuatro. Las estrellas, el seis y el once. La persona agraciada se llevará la modesta cantidad de cincuenta millones de euros...

Gaby vuelve a quitar el sonido.

Gaby – No sé para qué sigo jugando... *(Suena el móvil.)* ¡Sam, cariño! ¿Qué tal? ¿Hoy toca hacer la colada? ¿Cómo lo he adivinado? Porque solo vienes a vernos cuando te quedas sin calzoncillos limpios. Que sí, que exagero... Es mi vena de madre sobreprotectora. Y dime, ¿has encontrado trabajo? ¿Tienes algo que contarnos? *(Se entusiasma.)* ¡No me digas que te casas! ¿Más o menos? Pues ahora has dicho demasiado o demasiado poco. ¡Cuenta, cuenta! ¿Prefieres darnos una sorpresa? Vale, hasta luego. Yo también te quiero. *(Guarda el móvil y suspira.)* Más o menos... ¿Cómo puede uno casarse más o menos?

Alex entra con un bolso de diseño muy caro. Lo deja discretamente en un rincón y besa a Gaby en los labios. Repara en el cóctel.

Alex – Veo que no te privas de nada...

Gaby – Cuesta menos que un billete de avión y durante cinco minutos me parece que estoy de vacaciones. ¿Te preparo uno?

Alex – Tal vez más tarde...

Gaby – ¿Qué tal el día, cariño?

Alex – Digamos que ha sido un día... bastante enriquecedor.

Gaby – ¿Enriquecedor? ¿Espiritualmente, quieres decir?

Alex – También, sí. Ahora te cuento.

Gaby – Pues yo ya sé dónde podríamos ir de luna de miel.

Alex – ¿De luna de miel? Primero tendríamos que casarnos. Y te recuerdo que todavía no he dicho que sí.

Gaby – ¡Llevamos años luchando por el derecho a casarnos!

Alex – Es un derecho, no una obligación. Como el aborto: me parece estupendo que exista ese derecho, pero yo preferiría no tener que ejercerlo.

Gaby – ¿Ahora comparas el matrimonio con el aborto? ¡Qué romántico!

Alex – Ya hemos hablado de esto, Gaby. A mí casarme me parece un poco ridículo. Sea un matrimonio gay o no.

Gaby – ¿Ridículo?

Alex – Para empezar, ¿cuál de los dos iría de blanco?

Gaby – ¡Yo, por supuesto!

Alex – ¿A tu edad? ¿No te parece un poco exagerado?

Gaby – Gracias por recordarme la edad con tanta delicadeza.

Alex – Perdona...

Gaby – También se puede ser gay y una novia ilusionada, que lo sepas.

Alex – Una luna de miel... A nuestra edad... *(Gaby lo fulmina con la mirada.)* Además, si lo que quieres es hacer un viaje, no hace falta casarse. ¿Adónde iríamos?

Gaby – ¿Qué te parece Las Vegas?

Alex – ¿Las Vegas? Hay gente que va allí a casarse en cinco minutos y así se ahorra hasta la luna de miel. ¿Por qué Las Vegas?

Gaby – Siempre he soñado con entrar en uno de esos casinos llenos de tragaperras hasta donde alcanza la vista. Estoy seguro de que hay una esperándome con el premio gordo...

Alex – El premio gordo...

Gaby – Pero ahora mismo no sé si podemos permitírnoslo. Y menos si nuestro hijo, que está en paro, también piensa casarse.

Alex – ¿Perdón?

Gaby – Sam acaba de llamar. Vendrá dentro de un rato. Dice que va a casarse... más o menos.

Alex – ¿Lo ves? ¡No podemos casarnos al mismo tiempo que él!

Gaby – ¿Por qué no?

Alex – Casarnos a la vez que nuestro hijo sería todavía más ridículo. *(Pausa.)* Un momento... ¿Cómo que va a casarse «más o menos»?

Gaby – Eso fue lo que dijo...

Alex – ¿Y tú qué crees que significa?

Gaby – Tal vez sea gay...

Alex – ¿Crees?

Gaby – De tal palo, tal astilla.

Alex – ¿De cuál de los dos palos? Tiene dos padres.

Gaby – Nunca lo hemos visto con una chica.

Alex – Tampoco lo hemos visto con un chico.

Gaby – A lo mejor le daba vergüenza presentárnoslos.

Alex – Con dos padres gays, salir del armario debería ser lo más fácil del mundo.

Gaby – O quizá sea al revés. Es heterosexual y no se ha atrevido a decírnoslo por miedo a decepcionarnos.

Alex – ¿Decepcionarnos? ¡No digas tonterías!

Gaby – Con padres homosexuales, salir del armario para anunciar que eres heterosexual quizá no sea tan fácil.

Alex – ¿De verdad lo hemos traumatizado tanto? A ver si al final van a tener razón los que dicen que no deberían dejarnos criar niños.

Gaby – Me pregunto si se puede ser gay y homófobo a la vez. Primero estabas contra el matrimonio gay y ahora, contra los padres gays.

Alex – No estoy contra el matrimonio gay: ¡estoy contra el matrimonio, punto! ¿No tengo derecho a encontrarlo anticuado?

Gaby empieza a olisquear el aire con desconfianza.

Gaby – Desde que has llegado, aquí huele raro...

Alex – ¿Ah, sí?

Gaby – A colonia barata... *(Vuelve a olisquear.)* Y en cantidades industriales. *(Dramático.)* ¡Vas a dejarme por alguien del sexo opuesto!

Alex – ¡Qué dices! ¿De dónde sacas eso?

Gaby – Me estás ocultando algo, Alex. Te conozco. ¿Qué pasa?

Alex *(vacilando)* – Pues resulta que, quizá, después de todo sí podamos permitirnos ir a Las Vegas.

A Gaby se le ilumina la cara.

Gaby – ¿Nos ha tocado el Euromillones? *(Se le borra la sonrisa.)* No, imposible. Acabo de ver los números. ¡Otra vez nos hemos quedado sin premio!

Alex – Es un poco más complicado...

Gaby – Desembucha.

Alex recoge el bolso de diseño y lo deja encima de la mesa de centro.

Gaby – ¡Así que de aquí viene el olor a colonia! ¿Qué demonios llevas ahí dentro?

Alex – Lo encontré en el metro.

Gaby – ¿Un bolso de lujo? Creía que ese tipo de cosas te parecían horteras.

Alex – Depende de lo que lleven dentro.

Gaby – ¿Y qué lleva este?

Alex – Pasta.

Gaby – ¿Pasta? ¿Ahora compras macarrones en una tienda de lujo?

Alex – De la que se guarda en el banco. Mira.

Gaby abre el bolso, mete la mano y saca un grueso fajo de billetes.

Gaby – No me digas que son de verdad...

Alex – Al principio tampoco me lo creí. Pensé que era una broma de cámara oculta: que al coger el asa sonaría una alarma, que el bolso estaría atado a una goma elástica o que me caería un cubo de agua en la cabeza. Pero nada de nada.

Gaby – ¿Y cuántos fajos hay como ese?

Alex – No he tenido tiempo de contarlos. Pero el bolso está a reventar.

Gaby – ¿Y dices que lo encontraste en el metro? *(Desconfiado.)* Cuando dices «encontré»... No lo robaste, ¿verdad?

Alex – Estaba en el asiento de al lado. Creí que pertenecía a una de las dos rubias de bote que tenía enfrente. Me parecía un descaro ocupar un asiento con un bolso en un vagón abarrotado. Pero las dos se bajaron en la siguiente parada y el bolso se quedó allí.

Gaby – ¿Y luego?

Alex – Una ancianita quería sentarse, así que cogí el bolso y me lo puse en el regazo. Sin pensar.

Gaby – Instintivamente...

Alex – Cuando llegué a mi parada, nadie lo había reclamado, así que me lo llevé. Pensé en mirar dentro por si encontraba alguna dirección o un teléfono para devolvérselo a su dueña.

Gaby – ¿Y...?

Alex – Los únicos números que hay son los de serie de los billetes.

Gaby – Es increíble... ¿Y qué piensas hacer con todo ese dinero?

Alex – De momento siento que me ha tocado la lotería. ¿No puedo disfrutar de la sensación cinco minutos?

Gaby – Ya, pero ese dinero será de alguien...

Alex – ¡No hay ningún nombre ni dirección! ¿Qué hacemos, ponemos un anuncio? «Encontrado bolso de lujo lleno de dinero. Llame para recuperarlo». ¡No pararíamos de recibir llamadas!

Gaby – Queda la policía...

Alex – Claro que lo he pensado. Pero entregar una fortuna así a la policía... Me partiría el alma.

Gaby – Pero Alex, no podemos quedárnoslo. ¡No es nuestro!

Alex – ¿Y quién garantiza que la policía encuentre a la auténtica dueña? A lo mejor ni siquiera se atreve a reclamarlo.

Gaby – ¿Para recuperar una bolsa llena de dinero?

Alex – Imagina que es dinero oculto a Hacienda y que estaban a punto de sacarlo del país.

Gaby – ¿En el metro?

Alex – No sé... ¿Qué propones tú?

Gaby – Es tentador, pero no podemos quedárnoslo. Y menos si es dinero sucio.

Alex – Todo el dinero está un poco sucio, ya sabes. Te lo diría cualquier psicoanalista. Aunque este huele bastante bien, ¿no?

Gaby – Pues eso de que el dinero no huele... Este tiene un perfume que tira para atrás.

Alex – Merece la pena pensar en ello durante cinco minutos, ¿no?

Gaby – ¿Y si los billetes resultan ser falsos? Nos pillarían en cuanto intentáramos gastarlos.

Alex – Hay que decidirlo ya. Si no avisamos a la policía ahora, podrían acusarnos de receptación.

Gaby – Lo que está claro es que nadie dejó ese bolso lleno de billetes en el metro para hacernos un regalo.

Alex – ¿Y por qué no? Quizá sea nuestro ángel de la guarda, que quiere ayudarnos a pagar una boda gay por todo lo alto a nuestro hijo.

Gaby – Ya somos demasiado mayores para creer en milagros. Y no sé si los ángeles aprueban las bodas gays.

Alex – A lo mejor el cielo también se ha vuelto gay-friendly.

Suena el timbre.

Gaby – ¡Dios mío! Debe de ser Sam...

Alex – Voy a guardar esto y luego seguimos hablando, ¿vale?

Alex devuelve el fajo al bolso y lo cierra. Gaby va a abrir la puerta.

Gaby – Estoy deseando saber si es niño o niña...

Alex – ¿Su novia ya está embarazada?

Gaby – ¡Que no! ¡Quiero saber si nos va a presentar a un chico o a una chica!

Alex – Ah, claro. Perdona, tengo la cabeza en otra parte.

Alex deja el bolso en un rincón. Entra Sam, también con una bolsa.

Sam – Hola, papá. Hola, mamá.

Gaby – Qué gracioso...

Sam le da a Alex un beso en la mejilla.

Alex – Hola, Sam.

Sam – ¿Qué tal estáis?

Gaby – Bien. ¿Por qué?

Sam – No sé... Os noto un poco raros.

Alex y Gaby cruzan una mirada incómoda.

Alex – ¡Anda, has venido solo!

Sam – Pues sí...

Gaby coge la bolsa de Sam.

Gaby – Dame la ropa sucia. Ya te la pongo yo en la lavadora.

Alex – ¡Lo hemos educado fatal, Gaby! ¿No te da vergüenza seguir trayendo la colada a casa de tus padres a tu edad?

Sam – Así tengo una excusa para venir a veros.

Gaby – Qué detalle...

Alex – ¿Te regalamos una lavadora por tu cumpleaños?

Gaby – O la incluyes en tu lista de boda.

Sam – ¿Mi lista de boda?

Alex – Bueno, ¿y dónde está la afortunada?

Gaby – ¿O el afortunado?

Alex mira a Gaby, intrigado.

Sam – Pues veréis...

Alex – ¡Cuánto suspense!

Sam – ¿Suspense por qué?

Alex – Gaby temía que...

Gaby – Déjalo, es una tontería.

Alex – Lo importante es que seas feliz, ¿no?

Sam – Ya veo... Así que sospechabais algo.

Gaby – Cuando has dicho que te casabas... más o menos.

Sam – Pues sí. Una especie de unión. Un compromiso para toda la vida... pero en celibato.

Alex – ¿Cómo dices?

Sam – Pensaba que ya lo habíais entendido.

Gaby – ¿Una unión sin sexo?

Alex – A mí eso me suena a matrimonio.

Gaby – ¿Una unión de hecho? No te preocupes, a nosotros nos parece estupendo.

Sam – Menos mal.

Gaby – ¿Y bien?

Sam – He decidido hacerme sacerdote.

Gaby y Alex lo miran, estupefactos.

Gaby – ¿Puedes repetirlo?

Sam – Lo he pensado mucho. Tengo tomada la decisión: voy a entrar en el seminario.

Gaby – Dime que es una broma...

Sam – Sabía que reaccionaríais así, pero mi fe es inquebrantable. Y la fe mueve montañas.

Alex – ¿Tu fe? ¡Si la última misa a la que fuiste fue el funeral de tu abuela!

Sam – Los caminos del Señor son inescrutables. Ya sé que mi conversión es repentina, pero es sincera. He tenido una revelación.

Gaby – ¿Una revelación?

Alex – ¿Se te apareció la Virgen?

Gaby – ¿Te acuerdas de que de pequeño pasó una temporada mística?

Alex – Sí, oía voces. Como Juana de Arco.

Gaby – Casi habría preferido que fuera gay.

Alex – Oye, ser cura y ser gay no tiene por qué ser incompatible.

Sam – Tampoco es como si os hubiera dicho que tengo cáncer.

Gaby – Eso, por lo menos, a veces tiene tratamiento.

Alex – ¿Ahora voy a tener que llamarte «padre»?

Gaby – ¿Lo haces para castigarnos?

Sam – Uno no se hace sacerdote para castigar a sus padres, sino para servir a Dios.

Gaby – Claro, claro...

Alex – ¿Y qué se contesta a eso?

Gaby – Bueno, por lo menos podría casarnos por la Iglesia.

Alex – Te recuerdo que la Iglesia no celebra matrimonios entre personas del mismo sexo.

Gaby – A lo mejor hace una excepción con sus padres. Una boda por la Iglesia tiene más categoría.

Sam – ¿Qué es ese olor? ¿Se ha derramado un frasco de colonia?

Gaby – ¡Ah, es verdad! Casi me había olvidado de eso...

Sam – ¿Olvidar qué?

Alex – Si algún día cometiéramos un pecado gordo, al menos tendríamos a un cura de confianza para confesarnos.

Gaby – ¿Y no prefieres ser pastor protestante? Así, por lo menos, podrías casarte.

Alex – O meterte en una iglesia que permita la poligamia. ¡Hasta podrías tener varias mujeres!

Gaby – Por lo menos tendrías vida sexual.

Alex – Que fuera normal ya sería otra cuestión.

Gaby – Además, hay iglesias con pastores abiertamente gays.

Alex – Lástima que no estemos en una de esas.

Sam – Suena tentador, pero sigo fiel a la Iglesia católica.

Alex – Pensemos en positivo: estabas en paro. Ser cura es un trabajo fijo, ¿no? Y precisamente no sobran candidatos. Hoy en día, ser profesor también es casi un sacerdocio. A lo mejor te va mejor de cura de pueblo que de profesor en un instituto conflictivo. ¿Dónde te destinarían?

Sam – Donde Dios me llame.

Alex – Yo evitaría ser cura obrero, con tantas fábricas cerrando. Aunque con la escasez de vocaciones no creo que Dios esté en condiciones de despedir a nadie.

Gaby, completamente desbordado, busca una excusa para irse.

Gaby – Voy a dejar esta ropa sucia y a echarme un poco de agua por la cara.

Gaby sale abatido, con la bolsa de ropa sucia.

Alex – Y por lo demás, ¿qué tal?

Sam – Bien...

Alex – Voy a buscar algo de beber. Nos vendrá bien a todos. ¿Whisky? ¿Oporto? Perdona, se nos ha acabado el vino de misa.

Sam – Cualquier cosa. Mientras tanto, rezaré por la salvación de vuestras almas.

Alex – Estupendo...

Alex va a buscar las bebidas. Suena el móvil de Sam, que contesta. Gaby vuelve sin que Sam lo vea, dispuesto a llevarse discretamente el bolso de dinero. Al oír la conversación, lo deja de nuevo y se queda escuchando.

Sam – ¿Sí? Sí, ya estoy aquí. ¿Tienes la dirección? Perfecto, te espero. *(Se ríe.)* ¡No te lo vas a creer! Les he dicho que voy a hacerme cura. ¡Se me ha ocurrido de broma y se lo han tragado! Casi me asusta que mis propios padres me crean capaz de hacerme sacerdote. ¿Pero qué imagen tienen de mí? *(Alex vuelve con botellas y vasos y escucha también.)* Tenías que haberles visto las caras... Hoy hay un ambiente rarísimo. Si no, no habrían caído en una cosa así. Espero que no tengan problemas de dinero... No sé si hoy será el mejor día para... *(Se vuelve y descubre a Alex y Gaby mirándolo con desaprobación.)* Vale, hasta ahora.

Sam guarda el móvil.

Gaby – ¡Nos has tomado el pelo! ¿No te da vergüenza?

Sam – Perdón, no pude resistir la tentación. Teníais tantas ganas de que os anunciara algo importante...

Alex – ¿Quieres provocarnos un infarto para cobrar antes la herencia?

Sam se echa a reír.

Sam – ¡Pero si os lo habéis creído de principio a fin!

Gaby – Entonces, ¿tu amiga viene ya?

Sam – Sí, está de camino.

Alex – Pero cuando dices «amiga»... ¿te refieres a...?

Gaby – ¿Un novio o una novia?

Suena el timbre.

Sam – Voy yo...

Alex – Por fin saldremos de dudas.

Entra Vic, vestida con vaqueros, chaqueta de cuero y casco de moto. El casco le oculta la cara y no permite saber si quien acaba de entrar es un hombre o una mujer. Lleva una botella de champán y se la da a Sam.

Sam – Os presento a Vic, la persona que... comparte piso conmigo.

Gaby – ¿Vic? ¿De Víctor o de Victoria? *(Vic se quita el casco.)* ¡Victoria! ¡Es una chica!

Alex estrecha la mano de Vic y hace una mueca.

Alex – Vaya apretón... *(A Sam.)* Y tú que eres tan delicadito.

Sam – Vic es cinturón negro de judo.

Gaby – ¡Gracias a Dios! ¡Mi hijo no es gay!

Sam y Vic intercambian una mirada incómoda.

Alex – Ser gay no es una enfermedad. A veces creo que eres más homófobo que yo.

Vic – Encantada de conoceros por fin.

Gaby – ¿Por fin? O sea, que Sam lleva tiempo ocultándonos que existes.

Vic *(incómoda)* – Bueno, en realidad...

Sam – Lo bueno es que pronto no tendréis que lavarme más los calzoncillos.

Alex *(a Vic)* – ¿Así que vas a encargarte tú de lavarle los calzoncillos? No me parece un gran avance para el feminismo.

Gaby – No te dejes explotar, Vic. Lo hemos malcriado demasiado.

Sam – Quería decir que vamos a comprar una lavadora. Varias, de hecho.

Alex – ¿Varias?

Sam – Luego os cuento...

Gaby – Anda, Vic, siéntate. Estás en tu casa.

Sam le da la botella a Gaby.

Sam – Vic no quería venir con las manos vacías.

Alex – ¡Estupendo! Tenemos muchas cosas que celebrar.

Sam – ¿Ah, sí? ¿Vosotros también?

Gaby – Bueno... Nosotros también vamos a casarnos. ¿A que sí, Alex?

Vic – ¿Vosotros también?

Sam – ¿Casaros...? ¿Entre vosotros?

Alex – Muy gracioso...

Vic – En realidad, somos compañeros de piso y socios.

Alex – ¿Lo ves? Ellos también encuentran el matrimonio anticuado. Prefieren vivir juntos sin papeles.

Gaby – «Vivir juntos»... No es precisamente una expresión que haga latir el corazón.

Alex – Suena más a declaración de la renta que a carta de amor.

Gaby – ¿Por qué no te ocupas de nuestros invitados?

Alex *(a Vic)* – ¿Te cojo la chaqueta?

Vic – No, gracias.

Gaby – Espero que hayas encontrado la casa sin problemas.

Vic – Sí, perdonad el retraso, pero hay un montón de policías en la calle.

Sam – Han cortado toda la calle.

Gaby – ¿Ah, sí?

Sam ve el bolso.

Sam – ¿De quién es ese bolso de lujo? Creía que os parecían una horterada. ¿Os estáis volviendo unos pijos?

Gaby – ¿Se lo contamos?

Sam – ¿Contarme qué?

Alex – ¿Y qué hacen tantos policías ahí fuera?

Vic – Por lo visto han robado en una mansión de por aquí, la de una multimillonaria muy rica.

Alex – No me digas...

Sam – ¿Una multimillonaria rica? ¿Es que las hay pobres? La crisis debe de estar peor de lo que creía.

Vic – Parece que los ladrones han huido en metro.

Gaby – ¿En metro?

Sam – Han cerrado la estación de aquí al lado.

Vic – Menos mal que he venido en moto.

Gaby *(a Alex)* – Pero tú te has bajado en esa estación, ¿no?

Alex – He debido de pasar justo antes de que la cerraran.

Gaby intenta empujar el bolso de lujo detrás del sofá con el pie.

Sam – Por cierto, ¿qué era eso que queríais contarme?

Alex – No me acuerdo. No sería importante. Ya me vendrá a la cabeza.

Vic se sienta en el sofá, detrás del cual está escondido el bolso.

Vic – Qué bien huele aquí...

Sam – Parece una perfumería. ¿De dónde viene ese olor?

Alex y Gaby intercambian una mirada incómoda.

Alex – Bueno, ¿abrimos ese champán o qué?

Sam – Ah, es verdad, el champán...

Vic – No creo que esté muy frío.

Gaby – Voy a por unas copas.

Sam – Ya vamos nosotros. Vic, ¿me echas una mano?

Sam y Vic salen.

Alex – La buena noticia es que los billetes son auténticos.

Gaby – La mala es que casi seguro que los han robado.

Alex – Hay que esconder el dinero hasta que decidamos qué hacer.

Gaby – Estamos metidos en un buen lío, Alex. ¡Míranos! Mintiendo y ocultando cosas... ¡Hasta a nuestro propio hijo!

Alex – Si no hubiera traído a esa motera, podríamos hablarlo en familia. Pero no conocemos de nada a Vic. ¡Ni siquiera sabemos a ciencia cierta si es mujer!

Gaby – Tienes razón. Podría ser policía. O inspectora de Hacienda.

Alex – En cualquiera de los dos casos, estaríamos apañados.

Gaby – ¿Por qué lo dices?

Alex – La policía nos detendría. Y Hacienda querría su parte.

Gaby – ¡Y tú decías que nos lo había mandado nuestro ángel de la guarda!

Alex – Hasta los ángeles tienen que hacer la declaración de la renta.

Sam y Vic vuelven con las manos vacías.

Sam – ¿Otra vez discutiendo? Perdona, no hemos encontrado las copas.

Gaby – Hace unos días cambié las cosas de sitio en los armarios. Ahora no recuerdo dónde las puse.

Alex – Tanto ordenar, tanto ordenar... y después no hay quien encuentre nada.

Gaby – No os mováis. Ya voy yo.

Sam da unos pasos y tropieza con el bolso.

Sam – Deberíais quitar esto de en medio. Cualquiera se puede matar. *(Lo coge.)* ¡Madre mía, cómo pesa! ¿Os vais de viaje?

Gaby – Aún no lo hemos decidido.

Sam – ¿Y de quién es el bolso?

Alex y Gaby se miran incómodos.

Gaby – Eso tampoco lo hemos decidido.

Sam – ¿Cómo que no lo habéis decidido?

Gaby intenta cambiar de tema.

Gaby – ¿Queréis picar algo con el champán?

Vic – Sí, ¿por qué no?

Sam – ¿Tenéis galletas? ¿O bizcochos?

Gaby – Solo hay cacahuetes y unas galletas saladas.

Sam – No son lo ideal para acompañar el champán, pero bueno.

Gaby sale.

Alex *(para romper el silencio)* – Bueno, Vic, ¿a qué te dedicas?

Vic – Reparto pizzas a domicilio.

Alex – Ah, muy bien...

Silencio.

Vic – Pero es algo temporal. En cuanto Sam y yo pongamos en marcha nuestro negocio... Ya sé cómo suena eso de repartir pizzas...

Alex mira nervioso a Sam, que sigue sosteniendo el bolso.

Alex *(distraído)* – No te preocupes, aquí somos muy abiertos. Además, no tienes pinta de policía ni de inspectora de Hacienda. Voy a ayudar a Gaby.

Alex sale. Sam deja el bolso en un rincón.

Sam – Bueno, ¿qué te parecen mis padres?

Vic – No sé. Los noto un poco... raros.

Sam – ¿Raros porque son gays?

Vic – No, como si estuvieran ocultando algo.

Sam – Sí, algo les preocupa.

Vic – Quizá todavía no han asimilado que su hijo haya salido del armario... para decir que es heterosexual.

Sam – Ya sabes cómo son los padres. Siempre quieren que sus hijos mantengan las tradiciones familiares.

Gaby vuelve con unos aperitivos y los deja sobre la mesa.

Gaby – ¿Qué tal, tortolitos?

Sam – Muy bien...

Gaby – Voy a echarle una mano a Alex.

Gaby sale.

Vic – Sigo teniendo la sensación de haber caído en una trampa. Me dijiste que veníamos a hablarles de nuestro proyecto, no que ibas a presentarme como tu prometida.

Sam – ¡Yo no he dicho nada!

Vic – ¡Pero tampoco les has sacado de su error!

Sam – Parecían tan contentos... Y si creen que somos pareja, quizá estén más dispuestos a invertir. Les dará confianza.

Vic – Pues que metan el cheque en el sobre de la boda... Aunque hay un pequeño inconveniente.

Sam – ¿Cuál?

Vic – ¡Que los dos somos gays!

Sam – Gays de segunda generación. Hacemos lo imposible por integrarnos y seguimos sufriendo discriminación.

Alex vuelve con una cubitera y mete en ella la botella de champán. Gaby lo sigue con las copas.

Alex – Vamos a dejar que se enfríe cinco minutos más.

Gaby – Mientras tanto, servíos unos cacahuetes.

Vic – Gracias.

Comen cacahuetes en un silencio incómodo. Vic anima a Sam con un gesto para que hable.

Sam – Vic y yo queríamos hablaros de un proyecto que tenemos entre manos.

Gaby – ¿La boda?

Vic fulmina a Sam con la mirada.

Sam – Más bien una sociedad. Tenemos una idea muy innovadora.

Alex – ¿Una empresa emergente?

Vic – Mejor.

Sam – ¡Una cadena de lavanderías autoservicio!

Gaby – ¿Lavanderías?

Vic – Empezaríamos con una o dos.

Sam – Y luego ya veremos cómo funciona.

Alex – Ya...

Gaby – Bueno... Desde luego, es una idea sorprendente.

Alex – Sobre todo viniendo de alguien que trae la colada a casa de sus padres todas las semanas.

Sam – ¡Precisamente eso fue lo que me inspiró!

Gaby – ¿Te inspiró a qué?

Sam – ¡La colada como vínculo familiar!

Vic – Queremos devolverle la magia a hacer la colada. Convertir las lavanderías en lugares donde la gente se encuentre, no solo donde lave los calcetines.

Sam – Crear vínculos.

Vic – Las lavanderías automáticas se han convertido en sitios anónimos, sin alma.

Sam – Nosotros volveremos a convertirlas en lugares de encuentro.

Pausa.

Alex – Es otra broma, ¿no?

Gaby – Como cuando dijiste que querías ser cura.

Sam – ¡Qué va! ¡Hablo completamente en serio!

Vic – Se trata de devolverle un poco de sentido sagrado al lugar donde lavamos nuestros trapos sucios... por así decirlo.

Sam – No digo que venir a nuestras lavanderías vaya a ser como ir a misa, pero queremos que la gente sienta que forma parte de una comunidad.

Alex – Claro...

Sam – Lo bueno de una lavandería autoservicio es que funciona prácticamente sola. Vas una vez a la semana a recoger la recaudación.

Alex – Como las tragaperras... o un burdel. Ahora entiendo el atractivo. Montar lavanderías es el negocio ideal. Mejor que hacerse cura. Casi como ser proxeneta.

Sam – ¡Con la diferencia de que es completamente legal!

Pausa.

Gaby – Pero ¿no hay ya montones de lavanderías?

Sam – No lavanderías gay-friendly. Ahí está nuestra ventaja.

Vic – Nos dirigimos a un nicho de mercado todavía sin explotar.

Sam – Y luego podríamos diversificarnos.

Vic – Lavanderías ecológicas, lavanderías veganas...

Alex – Lavanderías kosher, lavanderías halal...

Gaby – ¿Y se te ocurrió todo esto repartiendo pizzas?

Vic – También tengo estudios de empresariales, que conste.

Alex – Ah, bueno...

Sam – ¿Sabéis cuántas parejas gays se han conocido en una lavandería?

Alex – No...

Sam – Yo tampoco. Pero seguro que muchísimas.

Vic – ¡Desde luego, Sam y yo nos conocimos en una!

Momento de incomodidad.

Sam – Nuestra propuesta es algo más que una lavandería: es un club social.

Vic – Citas rápidas, mientras gira la lavadora.

Sam – «Amor en centrifugado». ¡Hasta podría ser el nombre de la franquicia!

Alex y Gaby se miran, preocupados.

Gaby – Bueno, nos alegramos mucho por vosotros.

Alex – Y os deseamos mucho éxito.

Gaby – Pero ¿qué tiene esto que ver con nosotros?

Sam – Curiosamente, el banco no se muestra muy entusiasmado con financiar esta idea tan brillante.

Vic – Ya sabéis lo prudentes que son los bancos últimamente.

Alex – La crisis...

Gaby – En este país se apoya muy poco a los jóvenes emprendedores.

Sam – Por eso pensamos que quizá os gustaría participar.

Vic – Y así aprovechar esta oportunidad extraordinaria.

Sam – Como socios minoritarios.

Vic – Una garantía moral y económica, por así decirlo. Sobre todo económica.

Sam – Ya sabemos que no tenéis muchos ahorros, pero...

Algo en la pantalla de televisión llama la atención de Gaby.

Gaby – Otra vez están hablando del robo.

Alex – ¡Sube el volumen, rápido!

Gaby – ¿Os importa?

Gaby sube el volumen, ante la sorpresa de Sam y Vic.

Presentador – Tras el robo en una mansión de la zona, los ladrones habrían huido en metro con el botín, repartido entre uno o quizá dos bolsos de lujo. Las cámaras de seguridad muestran a una tercera persona recogiendo uno de los bolsos en un vagón. En la vivienda se encontró un frasco de colonia roto, una de las pocas pistas de que dispone la policía...

Alex vuelve a quitar el sonido.

Alex – No vamos a ponernos a ver la tele teniendo invitados.

Gaby – ¿Creéis que atraparán a los ladrones?

Vic – Dependerá de las pruebas que tengan. Una descripción, por ejemplo.

Sam – Pues con lo que había en la caja fuerte de esa multimillonaria podríamos poner en marcha nuestro negocio.

Vic – Desde luego...

Sam – Imagina ese bolso lleno de billetes.

Vic – Con la mitad nos bastaría.

Alex y Gaby miran el bolso con preocupación.

Sam – Bueno, ¿qué os parece nuestra propuesta?

Gaby – ¿Qué propuesta?

Sam – ¡Las lavanderías gay-friendly! Tenemos que darnos prisa, antes de que alguien nos robe la idea.

Pero Gaby y Alex tienen la cabeza claramente en otra parte.

Alex – Ah, sí, claro...

Sam – ¿Entonces?

Gaby – ¿Por qué no, Alex? Al fin y al cabo, sería por una buena causa.

Alex – Habría que verlo. Precisamente acabamos de tener un golpe de suerte inesperado.

Vic observa la extraña actitud de Gaby y Alex.

Vic – ¿Un golpe de suerte? ¿Os ha tocado la lotería?

Alex – Puede...

Sam – ¿Cómo que «puede»?

Gaby – Todavía estamos esperando el sorteo.

Sam – Como aval para el banco, no parece muy sólido.

Gaby – Bueno, ¿abrimos de una vez ese champán?

Alex se dispone a descorchar la botella.

Alex – Vamos, brindemos.

Gaby – ¡Por todos nuestros proyectos!

Justo cuando salta el corcho, se apagan de golpe las luces.

Alex – ¡Mierda! ¡Se ha ido la luz!

Sam – A lo mejor le has dado a la bombilla con el corcho.

Alex – La instalación no da para más. En cuanto ponemos el horno y la tostadora a la vez, saltan los plomos.

Sam – ¿No podéis volver a dar la luz? ¿Tenéis alguna vela?

Gaby – No recuerdo dónde las guardé... ¡Ah, sí!

Gaby rebusca a oscuras y por fin consigue encender una vela.

Gaby – El cuadro eléctrico está en la cocina.

Alex – Quedaos aquí. Voy a ver los plomos.

Sam – Vic, ¿sigues ahí?

Vic – ¿Dónde voy a estar?

Gaby – Siempre le ha dado miedo la oscuridad.

Sam – ¡Qué tonterías!

Vic – Esto me recuerda a una película de miedo. Empezaba con un apagón y luego...

Sam – Casi prefiero no saber cómo acaba.

Vuelve la luz.

Sam – ¡Ah!

Gaby – ¿Ves, cariño? No había nada que temer.

Sam – Anda ya...

Alex vuelve y apaga la vela.

Alex – Ahora sí. A brindar de una vez.

Alex sirve el champán. Beben.

Sam – Entonces, ¿de verdad estaríais dispuestos a invertir en nuestro negocio? ¡Genial!

Gaby – No sé... ¿Tú qué dices, Alex?

Alex – Claro, ¿por qué no invertir parte de nuestros ahorros en una empresa familiar prometedora?

Sam – Siempre supe que teníais alma de ángeles inversores.

Vic – Para nosotros sois unos ángeles, desde luego.

Alex – Y tenemos otra cosa en común con los ángeles: nunca está muy claro de qué sexo se supone que somos.

Gaby – Alex, ¿no sería mejor que lo habláramos a solas antes de decidir?

Sam cruza una mirada cómplice con Vic.

Sam – Voy a fumarme un cigarro al balcón.

Vic – Te acompaño.

Alex – Por aquí. Voy a buscaros un cenicero.

Salen.

Gaby – ¡Por fin! Ahora podemos esconder el dinero. ¿Pero dónde?

Gaby se acerca al bolso.

Alex *(desde fuera)* – ¿Dónde están los ceniceros?

Gaby – ¡En el armario de la entrada!

Gaby mira dentro del bolso y se queda helado.

Gaby – ¡No puede ser! ¡Ha desaparecido el dinero! *(Busca desesperadamente.)* ¡No puede ser!

Alex vuelve.

Alex – ¿Qué pasa?

Gaby se pone a levantar los cojines del sofá.

Gaby *(gritando)* – ¡El bolso! ¡Está vacío! ¡Alguien nos ha quitado todo el dinero durante el apagón!

Alex no puede responder porque también vuelven Sam y Vic.

Sam – Os hemos oído gritar. ¿Qué pasa?

Gaby – Nada, es que... no encontraba el mando de la tele.

Vic coge el mando, que está a la vista de todos, y se lo entrega a Gaby con una mirada irónica.

Vic – Aquí lo tienes.

Sam – No se te escapa una.

Gaby *(desconfiado)* – Ya lo veo.

Vuelven a sentarse alrededor de la mesa.

Alex – ¿Más champán?

Vic – Sí, gracias...

Sam – Entonces, ¿os apuntáis a nuestro proyecto? ¡Fantástico!

Gaby – Es que... todavía no sabemos si podremos disponer de ese dinero.

Sam – Pero antes habíais dicho...

Alex – Si ni siquiera sabes poner una lavadora... Una cadena entera de lavanderías me parece un poco ambicioso.

Gaby – ¿Y no podéis buscar un patrocinador? Una marca de detergente, por ejemplo.

Sam – ¿Cuál?

Alex – Una que saque hasta los trapos sucios del armario.

Sam – Muy sutil. Ya veo por dónde vas.

Gaby – Perdona. Quizá nos hemos entusiasmado demasiado.

Sam *(dolido)* – No pasa nada. Ya encontraremos otra solución. ¿Verdad, Vic?

Vic está tan sorprendida como Sam por ese repentino cambio de actitud.

Vic – ¿Hay algo que queráis contarnos?

Sam – ¿Tenéis problemas de dinero?

Alex – ¡Qué va! ¿Por qué lo dices?

Vic coge el mando y sube el volumen de la televisión.

Vic – Vuelven a hablar del robo. *(Irónica.)* Como he visto que os interesa tanto...

Presentador – Esta es la imagen de la persona que, según la policía, huyó con el botín en el metro. Se ha elaborado a partir de las grabaciones de las cámaras de seguridad...

Sam – Qué curioso. Se parece un poco a Alex.

Vic – El parecido es asombroso.

Gaby vuelve a quitar el sonido.

Gaby – No vamos a pasarnos la noche viendo la tele.

Vic – Me recuerda a una película que vi hace poco.

Gaby – ¿Otra película? Eres una cinéfila empedernida, ¿eh?

Vic – Uno encuentra un bolso lleno de dinero en el metro.

Alex – ¿Ah, sí?

Gaby – ¿Y cómo termina?

Vic – En la cárcel. Todos los billetes podían rastrearse.

Alex – Qué mala suerte...

Vic – Ya ves...

Sam percibe que el ambiente se está poniendo tenso y se levanta.

Sam – Bueno, no os molestamos más.

Gaby se planta delante de Vic con agresividad.

Gaby – ¡No os vais a marchar así!

Vic sostiene la mirada de Gaby, que termina apartándose.

Vic – Claro que no. Primero vamos a recoger la mesa.

Alex – No, por favor, dejadlo.

Sam – Yo te ayudo.

Sam y Vic salen hacia la cocina con las copas.

Gaby – Estamos metidos en un lío muy gordo.

Alex – Tranquilo. Saldremos limpios de esta.

Gaby – ¿Dónde está el dinero? ¡Seguro que esa tía nos lo ha robado! ¡Y encima se ríe de nosotros!

Alex – Lo he cogido yo. Lo he escondido en un sitio seguro.

Gaby – ¿Tú?

Alex – Después de enchufarlo todo en la cocina para hacer saltar los plomos.

Gaby – ¿Y dónde has puesto el dinero?

Alex – Donde ni a la policía se le ocurriría buscar.

Gaby – ¿En el microondas?

Alex – En la lavadora.

Gaby – ¿Te has vuelto loco? ¡Podría haberla puesto en marcha!

Alex – Nadie pensaría en mirar ahí. Y mucho menos Sam.

Vuelve Sam, seguido de Vic, que lleva la bolsa de ropa sucia.

Sam – Vais a estar orgullosos de mí.

Gaby – ¿Ah, sí?

Sam – ¡He conseguido poner la lavadora!

Alex – ¡No me digas!

Sam – Vic me ha ayudado un poco. Pero si vamos a montar lavanderías, tendré que aprender a usarlas.

Gaby y Alex se quedan horrorizados.

Gaby – ¿Qué programa has puesto?

Vic – El más largo. Para ropa muy sucia.

Gaby y Alex salen corriendo hacia la cocina.

Sam – No sé qué les pasa...

Vic – Yo sí. *(Sam la mira, asombrado.)* El dinero de ese robo... está aquí.

Sam *(incrédulo)* – ¿Estás diciendo que mis padres han robado en esa mansión?

Vic – Los ladrones debieron de dejar un bolso en el metro y Alex se lo encontró.

Sam – ¿En serio?

Vic – ¿No has visto cuánto se parecía Alex al de la imagen de la tele?

Sam tarda un momento en asimilarlo.

Sam – Entonces se lo encontró... Eso no es exactamente robar, ¿no?

Vic – Quedarse con dinero robado también es un delito. Se llama receptación.

Sam – Yo lo llamo un golpe de suerte. Pero ¿tienes pruebas?

Vic olisquea el aire y se acerca al bolso.

Vic – Haz el favor de vigilar la puerta.

Sam – ¿Quieres que haga de guardia de seguridad?

Vic – Solo que mires si viene alguien. Con tanto policía en la calle, nunca se sabe.

Vic – Y fíjate en este bolso: huele a colonia, como el frasco que encontraron roto en la casa.

Sam – Puede ser. *(Lo abre.)* ¡Pero está vacío!

Vic le enseña a Sam los billetes que ha sacado de la bolsa de la colada.

Vic – Saqué el dinero de la lavadora antes de ponerla en marcha.

Sam – ¡No me digas!

Vic – Antes la gente escondía los ahorros en el cesto de la ropa sucia. Ahora, directamente en la lavadora.

Sam – Lo que avanza el mundo...

Alex vuelve un momento.

Alex – Perdonad, un pequeño problema con la lavadora.

Vic – Espero que no hayamos roto nada.

Alex – Qué va. Pero cuando hay demasiado líquido, se desborda.

Sam – Demasiado líquido...

Alex – Es una máquina vieja.

Alex vuelve a ayudar a Gaby.

Vic – ¿Nos lo quedamos todo o lo compartimos con tus padres?

Sam – ¡Eso sería robar! No voy a robar a mis propios padres.

Vic – Tus padres se lo han quitado a unos ladrones.

Sam – Pero también podemos meternos en un buen lío.

Vic – Si hacemos desaparecer el dinero antes de que la policía registre la casa, en realidad estamos salvándoles de un problema.

Sam – Hay policías por toda la calle.

Vic – Eso es lo que me preocupa.

Sam – Sube el volumen de la tele. Otra vez están hablando del robo.

Vic coge el mando.

Presentador – La policía acaba de detener a los responsables del robo de esta mañana. También se ha recuperado el botín, oculto en otro bolso de lujo: lingotes de oro, diamantes y otras joyas. La víctima no parecía tan contenta cuando Hacienda le pidió que justificara la fortuna que guardaba en la caja fuerte...

Vic vuelve a quitar el sonido.

Sam – Entonces, ¿qué es el dinero que encontró Alex en el metro?

Vic – Parece que un solo bolso no era suficiente para todo el botín. Pero esto nos quita bastante presión.

Sam – ¿Por qué?

Vic – Si la vieja no había declarado ese dinero, no va a denunciar que le falta un segundo bolso. Y los ladrones, menos aún.

Sam coge un fajo y examina los billetes.

Sam – ¿Crees que pueden rastrearlos?

Vic – Lo dudo. Son billetes pequeños y muy usados.

Sam – Si nadie lo reclama, dentro de un año y un día podríamos decir que es nuestro.

Vic – O lo consideramos una regularización fiscal. Y nos nombramos recaudadores.

Sam – ¡Un impuesto privado sobre las grandes fortunas!

Vic – Quitarle dinero a una multimillonaria tampoco es robar, exactamente.

Sam – Seríamos como Robin Hood.

Vic – Se lo quitamos a los ricos...

Sam – Y nos lo quedamos nosotros.

Se oyen ruidos extraños en la cocina, como si alguien golpeara algo metálico con un martillo. Vuelve Gaby.

Gaby – Casi está arreglado. Pero creedme, cuando una máquina se pone en marcha, cuesta muchísimo pararla.

Gaby vuelve a la cocina.

Vic – Ahora solo falta saber cómo vamos a blanquear este dinero.

Sam – ¡Montando una cadena de lavanderías!

Vic – ¿Blanquear dinero comprando lavanderías?

Sam – ¿No tenía Al Capone una cadena de lavanderías? ¿No viene de ahí lo de «blanquear dinero»?

Vic – ¿Al Capone? Creía que eras de izquierdas. ¿Ahora pides consejos profesionales a los gánsteres?

Sam – He visto la luz. Y si te remuerde la conciencia, siempre podemos hacer un donativo a una obra benéfica.

Vic – ¿A cuál? ¿A una fundación para los huérfanos de policías caídos en acto de servicio?

Sam – ¿No me dijiste que tú ya no tenías padres?

Vic – Sí.

Sam – Pues ayudamos a una huérfana. ¡Te haces el donativo a ti misma!

Vic – ¿Y tus padres?

Sam mira el catálogo de viajes.

Sam – Seguro que lo habrían perdido todo en Las Vegas.

Vic – Mejor invertir en lavadoras que en tragaperras.

Sam – Vámonos antes de que la policía empiece a registrar a todo el mundo.

Vic – Vale.

Sam – Me sabe mal. Vamos a dejarles una propina.

Vic – Solo un fajo. *(Lo deja dentro del bolso.)* «Para el personal», como dicen en los casinos.

Sam – No podemos irnos sin despedirnos. Les dejaré una nota.

Sam escribe unas palabras en un papel, lo deja sobre la mesa y sale con Vic. Vuelven Gaby y Alex, consternados, llevando ropa mojada que cuelgan en un tendedero.

Alex – No lo entiendo. El dinero no puede haberse disuelto en la lavadora y haberse ido por el desagüe.

Gaby – Vete tú a saber... Por algo lo llaman «dinero líquido». Y ya sabes: lo que fácil viene, fácil se va.

Alex – ¿Dónde se habrán metido?

Gaby – ¿Los billetes?

Alex – ¡Sam y su motera!

Gaby – Ni idea...

Alex – Han desaparecido como ladrones en la noche.

Gaby – Me da pena pensar que se case. Ya no vendrá a casa a lavar los trapos sucios en familia.

Alex – Por lo menos nos queda el bolso. *(Mira dentro, encantado.)* ¡Anda, queda un fajo! ¡No lo hemos perdido todo!

Gaby – ¡Con esto nos da para dos billetes a Las Vegas! ¡Vamos a probar suerte en las tragaperras! ¡Siento que la fortuna empieza a sonreírnos!

Alex – Espera, hay una nota encima de la mesa. *(La coge y lee.)* «Soy gay». Firmado: Sam.

Se oye una sirena de policía. Gaby mira a Alex con inquietud.

Gaby – ¿Tú crees que habrá cárceles gay-friendly?

Oscuro.

Alex – ¡Mierda! Han vuelto a saltar los plomos...

La sirena suena cada vez más cerca y se interrumpe de golpe.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente
desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Enero de 2024

ISBN 978-2-38602-120-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.